

El cálculo del valor cuantitativo de los adjetivos dimensionales

CARLOS YNDURÁIN PARDO DE SANTAYANA
University of Namibia
carlosyndurain@gmail.com

RESUMEN: El objetivo de este artículo es explicar cómo los hablantes calculan el valor cuantitativo de los adjetivos dimensionales (*grande, corto, profundo*, etc.) según el contexto (lingüístico y extralingüístico) en que aparezcan. Desde nuestra perspectiva, para dicho cálculo son siempre necesarios dos pasos: 1) determinar cuál es la clase de cosas respecto a la que se debe contrastar la dimensión de una entidad y 2) localizar el prototipo de dicha clase para que actúe como referencia. Consideramos que la búsqueda de la Relevancia es el factor que actúa como guía inferencial y permite a los hablantes acceder al contenido semántico que subyace a lo explícitamente codificado.

Palabras clave: adjetivos dimensionales, relevancia, subsectividad, graduabilidad, semántica, pragmática.

ABSTRACT: The aim of this article is to explain how speakers calculate the quantitative value of dimensional adjectives (such as *big, long, deep*, etc.) depending on the (linguistic and extralinguistic) context in which they appear. From our perspective, two steps are always needed to accomplish that calculation: 1) determine which is the class of things that the dimension of an entity must be contrasted with and 2) localize the prototype of that class so it can act as a reference point. We argue that the search for Relevance is the element that acts as an inferential guide and allows speakers access to the information located beyond the purely linguistic analysis of utterances.

Keywords: dimensional adjectives, relevance, subsectivity, gradability, semantics, pragmatics.

0. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo¹ es explicar cómo los hablantes calculan el valor cuantitativo de los adjetivos dimensionales² según el contexto (lingüístico y extralingüístico) en que aparezcan.

No es nuestra intención, por lo tanto, señalar con qué tipo de propiedades (*volumen, longitud vertical, anchura...*) se puede relacionar cada adjetivo dimensional concreto (valor cualitativo), sino determinar qué grado de presencia de estas propiedades en una entidad implica el uso de estos adjetivos (valor cuantitativo). Tratamos de explicar, por ejemplo, cómo se infiere la longitud

¹ Este trabajo es el resultado de las investigaciones iniciadas para mi tesis doctoral *Los adjetivos dimensionales en español: Análisis semántico y propuesta lexicográfica* (2015). Parte de los avances aquí presentados son consecuencia directa de los consejos y sugerencias de los miembros del tribunal (Eugenio Luján, Ana Serradilla, Javier Elvira, Rosa Espinosa y Pilar Garcés) durante su defensa. También de la ayuda constante de mi director, Santiago U. Sánchez.

² Los adjetivos dimensionales hacen referencia a las magnitudes de un objeto en el espacio: “En cuanto a los adjetivos dimensionales, el término ‘dimensión’ denota principalmente las tres dimensiones espaciales de los objetos físicos, a saber, la largura/altitud, la anchura y el volumen o profundidad” (Mulier, 2009: 12). Un adjetivo dimensional concreto puede hacer referencia solo a una de estas magnitudes o a un conjunto de ellas al mismo tiempo. Aunque la mayor parte de los ejemplos que empleemos procederán del inglés y el español, no consideramos que nuestras observaciones acerca de los procesos que subyacen al cálculo del valor cuantitativo de los adjetivos dimensionales (en construcciones absolutas) sean exclusivamente aplicables a estas lenguas.

concreta con que deberá relacionarse el calificativo *largo* en las distintas situaciones comunicativas en que pueda aparecer.

Habitualmente se describe la función de los adjetivos indicándose que estos, sencillamente, adscriben una propiedad a la entidad con que se relacionan (ya sea atributiva o predicativamente). Esta caracterización no presenta excesivos problemas cuando en un enunciado se habla, por ejemplo, de *un objeto esférico*: puede afirmarse que, mediante un adjetivo, se está señalando que una entidad (representada lingüísticamente por el sustantivo) tiene una determinada propiedad; en este caso, la de *ser esférico*.

La adscripción, sin embargo, no resulta tan directa cuando se trata de propiedades como *ser grande*³: los adjetivos dimensionales obligan a los hablantes a activar una serie de mecanismos inferenciales que permitan adaptar el valor cuantitativo de las propiedades con que estos se relacionan a las circunstancias de su emisión.

En este trabajo se plantea una aproximación pragmática hacia el modo en que los hablantes calcular dicho valor: consideramos que es la búsqueda de la *relevancia* el motor inferencial que permite, en cada enunciado concreto, asociar a un adjetivo dimensional un grado determinado de presencia de una propiedad en una entidad.

En la primera parte de los apartados 2., 3. y 4. abordaremos las características de los adjetivos dimensionales y plantearemos los problemas interpretativos que se derivan de estas. Después, en los subapartados correspondientes (2.1., 3.1. y 4.1.), trataremos de mostrar cómo la relevancia guía los procesos comunicativos y permite que los hablantes salven cada uno de los problemas señalados para inferir el valor cuantitativo con que debe asociarse un adjetivo dimensional en una situación comunicativa concreta.

1. CARACTERÍSTICAS DE LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES: LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES SON SUBSECTIVOS

A partir de sus características lógico-semánticas, la clase de los adjetivos puede dividirse⁴ en *adjetivos intersepectivos*, *adjetivos subsectivos* y *adjetivos intensionales*⁵.

Los adjetivos intersepectivos son aquellos en los que el conjunto de individuos denotado por la combinación de adjetivo y nombre es la intersección entre el conjunto denotado por el nombre y el denotado por el adjetivo:

An adjective like *carnivorous* is intersective, in that (5) holds for any noun N:
(5) $\| \text{carnivorous N} \| = \| \text{carnivorous} \| \cap \| \text{N} \|$

(Kamp y Partee, 1995: 137)

Así, ante *X es un N Adj*, se puede considerar que *X* es una entidad que pertenece simultáneamente al conjunto de las cosas que se agrupan bajo la categoría representada por el nombre (*N*) y al conjunto de las cosas que poseen la propiedad con que se relaciona el adjetivo (*Adj*).

Si partimos, por lo tanto, de la premisa *X es un N Adj*, es posible inferir que *X es un N* y que *X es Adj*. Expresándolo de manera algo más formal, podemos establecer que *X es un N Adj si (y solo*

³ En este trabajo nos ocupamos exclusivamente de los usos rectos de los adjetivos dimensionales, dejando al margen, por lo tanto, los sentidos metafóricos con los que estos se puedan emplear.

⁴ Nos basamos en la división establecida por Chierchia y McConell-Ginet (2000).

⁵ Estos adjetivos no atribuyen propiedades a los nombres, no guardan relación con la extensión del sustantivo y, como indica Demonte (1999: 139), “solo sirven para indicar la manera como el concepto o intensión de un término se aplica a un determinado referente”: *posible novia, probable invasión, presunto asesino...* No los tratamos en el cuerpo del artículo ya que no lo consideramos necesario para explicar las particularidades de los subsectivos, que son los adjetivos que nos ocupan.

si) *X es un N y X es Adj*. Esta inferencia es la inferencia fundamental permitida por los adjetivos intersectivos.

Intersective adjectives: Licensed inferences

$X \text{ is Adj } N \rightarrow X \text{ is a } N$

$X \text{ is a red house} \rightarrow X \text{ is a house}$

$X \text{ is Adj } N \rightarrow X \text{ is Adj}$

$X \text{ is a red house} \rightarrow X \text{ is red}$

(Cabredo Hofherr, 2010: 6-7)

Los adjetivos subsectivos (categoría a la que pertenecen los dimensionales), sin embargo, no permiten este tipo de operaciones lógicas: desde las premisas *X es grande* e *Y es grande*, por ejemplo, no se puede llegar a la conclusión lógica de que *X* e *Y* tengan el mismo tamaño. No puede decirse tampoco que en *Un N grande* se esté haciendo referencia a una entidad que posea la característica ser grande, ya que esta característica no existe de manera absoluta e independiente del contexto. No hay un conjunto general de [lo grande] y ningún conjunto de cosas representado por un sustantivo puede, por lo tanto, formar intersección con él. El valor de *grande* es cuantitativamente relativo y debe calcularse según los factores contextuales que rodeen a su aparición.

1.1. Establecimiento de una clase de comparación. Como hemos señalado en el apartado anterior, los adjetivos dimensionales no poseen un valor cuantitativo fijo, sino que este varía según las circunstancias comunicativas en que aparezcan. Para llevar a cabo dicha adaptación resulta imprescindible poner en relación la entidad referida por el sustantivo con una determinada clase de cosas. Solo en relación a dicha categoría podrá empezar a darse forma al valor cuantitativo de un adjetivo dimensional. Así, el valor del adjetivo en *Un niño de 8 años muy alto* podrá ser muy distinto dependiendo de si se relativiza la altura respecto a la clase de [los niños de 8 años] o, en general, respecto a la de [las personas]: que un niño midiera 1,70 m sería más que suficiente para que este fuera considerado alto como niño; debería, sin embargo, medir algo más para que se le pudiera considerar alto como persona.

La categoría concreta respecto a la que se debe relativizar el valor de un adjetivo subsectivo es lo que tradicionalmente se ha denominado *comparison class*: “a comparison class is a subset of the universe of discourse which is picked out relative to a context of use” (Klein, 1980: 13).

Las entidades suelen ser miembros de infinitas categorías simultáneamente. En cada enunciado, sin embargo, se activa una única clase de comparación⁶ que debe ser compartida por el emisor y el receptor para que el intercambio comunicativo se dé de manera efectiva: si emisor y receptor no relativizan respecto a la misma clase, el valor cuantitativo con que relacionen un adjetivo dimensional podrá ser muy distinto en cada caso.

Evidentemente, el hablante sabe, aunque sea de manera inconsciente, respecto a qué está predicando que una entidad tiene una determinada propiedad dimensional. Explicar el modo en que el oyente infiere cuál es ese fondo de contraste nos obliga a abordar el fenómeno del lenguaje desde una perspectiva que tome en consideración los factores pragmáticos.

Tradicionalmente, tal y como señala Tribushinina (2008: 131-132), se ha considerado que es el sustantivo que acompaña al adjetivo (cuando un adjetivo aparece en posición atributiva) o el que cumple la función de sujeto (cuando el adjetivo aparece en posición predicativa) el representante de la categoría que debe actuar como clase de comparación.

Es cierto que existe cierta tendencia a identificar esos sustantivos con la categoría de referencia, pero un análisis detallado demuestra que esta asignación depende de factores contextuales, y que otras opciones son también posibles: “Not only predicative adjectives, but also

⁶ Nos referiremos a la *comparison class* indistintamente como clase de comparación, fondo de contraste o categoría de referencia.

adjectives used attributively may take a comparison class other than the one specified by the head-noun and/or subject of the sentence” (Tribushinina, 2008: 146). Ante un niño que midiera 1,90 m, un hablante podría decir *El niño es muy alto* (o *Es un niño muy alto*) sin estar tratando de indicar que este fuera alto como [niño], sino como [persona]. La clase de referencia no sería, pues, la explícitamente mencionada.

Parece claro, pues, que la interpretación de los enunciados en que aparecen adjetivos dimensionales no puede limitarse a un simple proceso de descodificación lógico-lingüística: es siempre necesario recurrir a procesos inferenciales⁷.

El factor fundamental que permite la interpretación de los enunciados (más allá de lo estrictamente lingüístico) es el hecho de que, como señala Grice (1989), la mayor parte de la comunicación humana se basa en la expresión y el reconocimiento de intenciones.

Esta idea la recogen y desarrollan posteriormente Sperber y Wilson (2004): las emisiones generan en el oyente de manera automática una serie de expectativas de *relevancia* que lo dirigen hacia el significado. Cada emisión lingüística pone en funcionamiento procesos inferenciales destinados a conseguir interpretar los enunciados de modo tal que su relevancia sea la máxima que se pueda obtener. En estos procesos, el oyente debe interpretar siempre lo que escucha de forma que el enunciado pueda ser analizado como una forma lógica completa; es decir, como la descripción de un estado de cosas (o proposición) que pueda ser falseado o verificado. Esta descripción del estado de cosas, a la que se llega por medio de procesos inferenciales, es la *explicatura* del enunciado.

En el caso que nos ocupa, el de los enunciados en que aparecen adjetivos dimensionales, obtener su explicatura, al menos en la parte que respecta a estos adjetivos, consiste en interpretar su valor cuantitativo (aproximado). Sperber y Wilson señalan, precisamente, que ante enunciados del tipo *Bill is tall* resulta fundamental comprender “by which criteria Bill is tall (since, for instance, a tall dwarf is not a tall person)” (Sperber y Wilson, 1986: 10). Además, apuntan lo siguiente: “how the hearer sets about narrowing down and choosing among these possibilities is a [...] question [...] that grammarians, but not pragmatists, can ignore: an adequate theory of utterance interpretation must answer it” (Sperber y Wilson, 1986: 10).

Como señalábamos más arriba, nuestra teoría sobre cómo se debe interpretar un enunciado (“theory of utterance interpretation”) considera que comprender los criterios por los que Bill es alto (“by which criteria Bill is tall”) consiste en establecer una única clase que actúe como fondo de contraste. El proceso de acotación (“narrowing down”) que permite al oyente seleccionar cuál es esa clase, está guiado, creemos, por la búsqueda de la mayor relevancia posible.

La relevancia es una relación entre informatividad (o efectos cognitivos) y esfuerzo cognitivo (o de procesamiento):

Relevancia de un input para un sujeto: a) Si no intervienen otros factores, cuanto mayores sean los efectos cognitivos positivos conseguidos al procesar un input, mayor será la relevancia del input para el sujeto en una ocasión determinada. b) Si no intervienen otros factores, cuanto mayor sea el esfuerzo del procesamiento realizado, menor será la relevancia del input para ese sujeto en esa ocasión concreta.

(Sperber y Wilson, 2004: 241)

Un enunciado como *Estos chihuahuas son muy pequeños*, emitido en la presencia de unos cachorros de chihuahua, permitiría, al menos, tres interpretaciones: 1) que esos animales son más pequeños que otros [cachorros de chihuahua], 2) que son más pequeños que los [chihuahuas] en

⁷ En ocasiones la categoría de referencia se hace explícita: *Sara es alta para ser una niña de 8 años*. Estas estructuras, evidentemente, presuponen la pertenencia del elemento del que se predica una propiedad a la categoría respecto a la que se relativiza: “sentences with the structure *x is A for a NP* presuppose that *x is an NP*” (Kennedy, 2007: 12).

general o 3) que son más pequeños que un [perro] normal. Cada una de estas interpretaciones relativas al uso del adjetivo dimensional constituiría una explicatura del enunciado. En el proceso interpretativo, basado en la búsqueda de la mayor relevancia posible, habría dos cuestiones fundamentales que entrarían en conflicto: el grado de informatividad y la facilidad de procesamiento cognitivo.

Si el hablante y el oyente compartieran la información de que se encuentran ante cachorros de chihuahua, interpretar que el emisor quiere señalar que esos chihuahuas son pequeños respecto al conjunto de los [chihuahuas] o respecto al conjunto de los [perros] sería informativamente irrelevante: que sean pequeños es parte del concepto de *cachorro* (respecto a los animales adultos) y del concepto de *chihuahua* (respecto a los perros en general).

La interpretación más informativa del enunciado consideraría que esos animales son especialmente pequeños como [cachorros de chihuahua]. Sin embargo, el hecho de que la palabra a la que acompañe el adjetivo dimensional sea simplemente *chihuahua*, haría que, como señalábamos más arriba, se tendiera de forma natural a tomar esa categoría como fondo de contraste: recuperar otra categoría que no sea la explícitamente mencionada supone un esfuerzo cognitivo mayor.

Además, en las taxonomías jerarquizadas existe un nivel privilegiado, el denominado *nivel de base*⁸, que, para los hablantes, es el nivel de denominación preferido: comúnmente, un objeto es designado por una expresión correspondiente al nivel de base antes que por una propia de los niveles supraordinados o subordinados. Esto lleva a que los términos del nivel de base sean contextualmente neutros, mientras que la aparición de las categorías sub y supraordinadas depende de un contexto marcado. Así, si se habla de un *chihuahua pequeño* o de un *mamífero pequeño*, en vez de emplearse la expresión de base (y, por lo tanto, neutra) *perro*, se entenderá que hay en el hablante una intención comunicativa: que son esas categorías mencionadas (las representadas por los nombres *chihuahua* y *mamífero*) las que deben ser utilizadas como fondo de contraste. Hablar de un *perro pequeño*, sin embargo, no daría tantas pistas acerca de la categoría que debería emplearse como fondo, pues, como hemos señalado, *perro* es el término de la categoría a la que los hablantes tienden a hacer referencia de forma natural.

El criterio del mínimo esfuerzo cognitivo favorecería, por lo tanto, la interpretación de que los chihuahuas en cuestión son más pequeños que el conjunto de los [chihuahuas]. No solo porque esta sea la categoría que aparece de manera explícita, también, como acabamos de ver, porque la selección de una clase que no pertenezca al nivel de base no suele realizarse de manera gratuita.

Efectivamente, la elección de [chihuahua] como clase no sería gratuita, sin embargo, por sí sola llevaría a una interpretación nada informativa del enunciado: los cachorros siempre son pequeños dentro del conjunto formado por cachorros y los adultos de una raza de perros.

La relación entre el grado de informatividad y el esfuerzo cognitivo favorecería, finalmente, la interpretación de que esos animales son especialmente pequeños como [cachorros de chihuahua]: aunque no sería la interpretación más intuitiva, sí sería la única con valor informativo.

⁸ El concepto de *nivel de base* surgió a partir de los estudios sobre el fenómeno de la categorización llevados a cabo, fundamentalmente, por Berlin *et al.* (1974), desde una perspectiva antropológica, y por Rosch *et al.* (1976). Rosch, a partir de propuestas psicolingüísticas, desarrolla lo ya apuntado por Berlin en sus investigaciones sobre las clasificaciones populares de plantas y animales.

La búsqueda de la mayor relevancia posible es aquello que guía a los oyentes a la hora de seleccionar una clase que actúe como fondo de contraste: una vez seleccionada esta, el valor de adjetivos como *pequeño* y *alta* va tomando forma, y la explicatura de los enunciados en que aparecen puede comenzar a ser inferida.

1.1.1. El hombre como referencia. En ocasiones actúa como clase de contraste aquello que al ser humano le resulta abarcable, manejable, alcanzable, concebible... Si, por ejemplo, se dice de una estrella que *Es pequeña en términos astronómicos, pero, en realidad, es inmensa* se está empleando el adjetivo *inmensa* en relación al conjunto de las magnitudes con las que suelen manejarse las personas. Creemos, por lo tanto, que existe un mecanismo cognitivo que, basándose en las capacidades humanas, recurre a la categoría de [lo abarcable] para que, en ocasiones, actúe como una suerte de referencia absoluta respecto a la que valorar las entidades.

En otros contextos son las proporciones humanas lo que se emplea como elemento de referencia. Así, cuando un objeto permite establecer analogías entre sus partes constituyentes y las formas humanas, se considera que las segundas representan lo neutro y actúan como estándar de comparación.

[...] when we see animals having a conspicuous physical feature peculiar to them, we make, consciously or unconsciously, comparisons between the image we have of our own selves and those that strike our eyes, and we express our impression of their physical proportions by choosing such adjectives as *long* or *short* depending upon the case.

(Suzuki, 1970: 555)

2. CARACTERÍSTICAS DE LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES: LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES SON GRADUALES Y POLARES

Los adjetivos dimensionales pueden concebirse⁹ como predicados que sitúan sus argumentos (las entidades de las que predicán algo) dentro de representaciones de medida abstractas.

De modo similar a como el uso de percentiles señala la posición exacta que tendría una entidad si su *comparison class* estuviese constituida por una clase ordenada de 100 elementos, creemos que en el empleo de un adjetivo dimensional también subyace un proceso de ubicación¹⁰ (aproximada) de una entidad dentro de una clase concreta que actúa como fondo de contraste.

Semantically, gradable adjectives can be informally defined as predicative expressions whose domains can be partially ordered according to some property that permits grading. For example, the domain of the adjective *tall* can be ordered according to a measure of *height* [...]

(Kennedy, 1999: XIII)

Estas representaciones serían las *escalas*. Los puntos o intervalos ordenados que las forman serían los *grados*. La identificación de los adjetivos dimensionales con escalas graduadas resulta posible debido a que estos hacen referencia a un tipo de propiedades que se pueden dar en las entidades con mayor o menor intensidad. Adjetivos como *grande* o *profundo* se relacionan con propiedades (el *volumen*, la *profundidad*...) que pueden tener más o menos presencia en un objeto: “Adjectives are gradable if they denote a property that can be present in an object to a greater or lesser degree” (Tribushinina, 2008: 78).

⁹ Aunque no abordaremos el estudio de los adjetivos desde la semántica formal, tal y como lo hace Kennedy (en sus obras de 1999, 2003, 2005 y 2007), este modo de concebir el significado de los adjetivos graduables (a través del concepto de escala) resulta un recurso formal útil que facilita la comprensión de determinados fenómenos.

¹⁰ Hablamos de *ubicación* y *posición* de manera metafórica, trasladando a lo espacial (a una escala) magnitudes abstractas y valores numéricos.

Aunque esto, creemos, no es una característica inherente a la graduabilidad en sí¹¹, el hecho de que dos objetos puedan poseer una misma propiedad, pero puedan poseerla en distinto grado, es la base del carácter comparativo de los adjetivos dimensionales¹². Resulta evidente que en estructuras como *X es más alto que Y* se da a entender que la propiedad de ser alto se manifiesta en un mayor grado en *X* que en *Y*: se establece una comparación explícita. Sin embargo, incluso cuando la comparación no se da de forma explícita, el grado en que se manifiesta una propiedad expresada por un adjetivo graduable se interpreta también a través de procesos de relativización. Así, si se dice simplemente que *X es alto* también se está poniendo en relación el grado en que se da la altura de *X* con el grado en que se da la altura en otros elementos: los de su clase de comparación.

Por otra parte, debemos señalar que, cuando se emplean percentiles, normalmente se hace de una forma neutra, indicándose que respecto a una magnitud (la altura, por ejemplo) una entidad se sitúa en un punto determinado de la escala. Los adjetivos dimensionales, sin embargo, suelen darse en pares de antónimos (*grande-pequeño*, *ancho-estrecho*, *largo-corto*, etc.) que se relacionan con cada una de las dos partes (o polos) en que se dividen las escalas que evocan: en estas escalas (que cuentan con un cero absoluto, pero carecen de un punto máximo¹³) la zona más cercana al punto

¹¹ Creemos que con otras capacidades cognitivas podríamos tener un vocabulario natural que indicase de forma objetiva el grado en que se da una propiedad en una entidad, sin ponerla en relación con otras. De hecho, es algo parecido a eso lo que se hace cuando se dice, por ejemplo, que un objeto *mide 1,63 m de alto*. La graduabilidad, según Lyons (1977: 271), sí lleva asociada necesariamente la comparación: “Grading involves comparison. When we compare two or more objects with respect to their possession of a certain property (this property being denoted typically in English by an adjective), it is usually, though not always, appropriate to enquire whether they have this property to the same degree or not. For example, we might ask *Is X as hot as Y?* The fact that we can say *X is as hot as Y* or *X is better than Y* depends upon the gradability of ‘hot’. A lexeme like ‘female’ (unlike ‘feminine’), on the other hand, is ungradable: we would not normally say *X is as female as Y* or *X is more female than Y* [...]”. Desde nuestra perspectiva, como hemos señalado, es la comparación respecto a una propiedad lo que implica graduabilidad, pero no viceversa. Debemos señalar, sin embargo, que hay lenguas que, a pesar de contar con adjetivos relativos, no disponen de expresiones para graduarlos. En este sentido, Bochnak (2013: 2-3) señala que la lengua “Washo is a degree-less language” y carece de “functional elements that make reference to degrees”. Esto, creemos, no resulta contradictorio con el hecho de que la comparación (implícita o explícita) tenga como base la graduabilidad: los hablantes de washo seguramente sean conscientes de que una propiedad pueda darse con mayor o menos intensidad en una entidad (son conscientes de que, entre las cosas grandes, unas son mayores que otras), aunque no tengan una forma de codificar este fenómeno lingüísticamente.

¹² Debemos señalar que algunos autores cuestionan esta esencia comparativa: “The problem of compositionality, articulated by McConnell-Ginet (1973) and Klein (1980, 1982), is that the assumption that the comparison relation is somehow “basic” is not supported by the morphosyntactic facts of natural languages. If the comparison relation were a psychological or semantic primitive, then the expectation should be that the comparative form of the adjective should be less marked than the absolute form” (Kennedy, 1999: 85). La cuestión fundamental reside en que desde un análisis componencial de las estructuras comparativas y absolutas parece evidente que, al menos en lo lingüístico, la estructura absoluta es más simple que la comparativa y que, por lo tanto, esta segunda parece derivarse de la primera. Sin embargo, si la segunda parece derivarse de la primera, resultará poco lógico definir el adjetivo absoluto basándose en la idea de una comparación subyacente. Por otro lado, autores como Wierzbicka (1996: 54-55) apuntan que la comparación no es un *conceptual primitive* y que los niños parecen aprender antes que las comparativas las estructuras absolutas.

¹³ Podemos decir que las escalas con que relacionan los adjetivos dimensionales, siguiendo a Kennedy y McNally (2005: 15), son abiertas en uno de sus extremos. El cero, que se ubicaría en el extremo cerrado de la escala, representaría la ausencia la dimensión; por ejemplo, la ausencia de altura. Sin embargo, por muy *bajo* que digamos que es algo, el hecho de emplear el adjetivo dimensional implica que la entidad con que se relaciona tiene cierta altura. Por ello, no es posible emplear la expresión *completamente pequeño*, mientras que otro tipo de adjetivos, que se relacionan con otro tipo de escalas, si lo permiten: *completamente vacío*. Podemos decir, pues, que el cero es un punto existente, pero inalcanzable cuando se emplean adjetivos dimensionales. Lo mismo ocurre, como señala Cruse (1986: 206), con adjetivos como *slow*: “The value of slow, although it ‘tends towards’ zero speed, never actually reaches it, but approaches it, as mathematicians say, asymptotically. This is not a physical fact, but a linguistic one: we cannot say completely slow when we mean ‘stationary’”.

El otro extremo de la escala, mientras, es infinito (abierto): teóricamente, no existen límites dimensionales máximos para las entidades: de nuevo, no podemos decir *completamente grande*, pero sí *completamente lleno*.

que identificamos como el cero se asocia con el adjetivo negativo (*bajo, pequeño, corto...*) y la parte más lejana, con el positivo (*alto, grande, largo...*). Entre las partes positiva y negativa de estas escalas existe una zona intermedia en que se sitúa aquello que no pertenece a ninguna de las dos partes opuestas: aquello que podemos definir como dimensionalmente mediano porque no es *ni alto ni bajo* o *ni grande ni pequeño...*

Siguiendo a Croft y Cruse (2004: 173), podemos representar los sistemas monoescalares (que son los que se aplican a los adjetivos dimensionales) del siguiente modo:

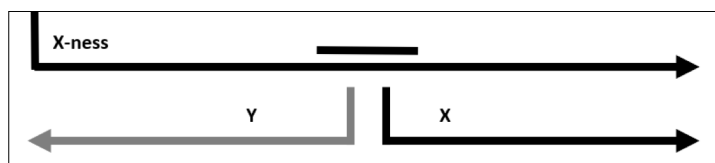


Figura 1.

En esta figura, la línea superior (*X-ness*) representa los usos de los adjetivos dimensionales en enunciados del tipo *Eso mide cuatro metros de largo*¹⁴. Esa línea superior presenta un extremo, el negativo, cerrado y otro, el positivo, abierto. Las dos líneas opuestas representan el uso de los adjetivos dimensionales para expresar que algo tiene una propiedad en un grado que es “more or less than some reference value” (Croft y Cruse, 2004: 173). Así, *Y* podría identificarse, por ejemplo, con *alto* y *X*, con *bajo*. La pequeña línea situada en la mitad representaría la zona media en la que se ubica ese valor de referencia y todas aquellas entidades que no pudieran considerarse, por ejemplo, *ni altas ni bajas*.

Una vez expuestas estas dos propiedades de los adjetivos dimensionales (su graduabilidad y su polaridad), en el apartado siguiente trataremos de explicar cómo los hablantes ubican las entidades dentro de la escala de la categoría seleccionada como fondo de contraste.

2.1. Establecimiento de referentes dentro de la clase de comparación y determinación de las diferencias relevantes respecto a estos. Cuando los hablantes emplean percentiles están situando de forma exacta una entidad respecto a las otras noventa y nueve que actúan (a través de una proyección matemática) como clase de comparación: indican cuántas quedarían por encima y cuántas por debajo de ella. Lo que subyace al uso de un adjetivo como *alto*, sin embargo, no es una cuestión que resulte tan clara e intuitivamente accesible: ¿en qué punto de la escala (relativa a su *comparison class*) debe ubicarse *X* si decimos que *X es alto*?

How [...] can we express a positive adjective in terms of comparative? There are several alternatives: *a is tall* can be rendered as either *a is taller than most* (Langford) or *a is taller than one would expect* (Wierzbicka) or else *a is tall to a degree d and d is towards the top of the scale for tallness* (Creswell).

(Paoli, 1999: 71)

A number of linguists have suggested that the form of the positive degree of relative adjectives signifies a greater than average, or greater than norm (or smaller than average norm) value on the dimensional-scale relevant to the adjective in question.

(Rusiecki, 1985: 28)

Una vez entendido que, como explicábamos en el apartado 2, para interpretar un adjetivo dimensional siempre debe ser seleccionada una clase de comparación que actúe como fondo de contraste, el nuevo problema con que debemos enfrentarnos reside en determinar qué supone ubicar una entidad en de dicha categoría dentro de un subgrupo polar concreto.

Para responder a esta cuestión seguimos a Elena Tribushinina (2008: 119-158), autora que basa su estudio del funcionamiento semántico de los adjetivos dimensionales en el concepto de

¹⁴ Consideramos que, en este tipo de construcciones, *largo* es, realmente, un sustantivo sinónimo de *longitud*. Esta extensión intercategorial de significado se da habitualmente en el adjetivo positivo.

Cognitive Reference Point (CPR), desarrollado por Rosch: desde su perspectiva, en el uso absoluto de un adjetivo dimensional subyace un punto de referencia al que denomina *cognitive zero*. Este cero cognitivo puede entenderse como “an average value identified for a particular comparison class, to which the referent belongs” (Tribushinina, 2008: 158).

Gráficamente, el *cognitive zero* de Tribushinina es una zona (no un punto) central de indeterminación en la escala evocada por pares de adjetivos polares. Esa área, por lo tanto, funciona como la referencia que permite describir mediante uno de los dos adjetivos una entidad determinada, según quede por encima o por debajo de dicha referencia: lo *grande* se sitúa (en la escala del tamaño) por encima de la zona media y lo *pequeño*, por debajo de dicha zona.

The properties denoted by polar antonyms take the cognitive zero as their starting point (Clark 1971: 511). It is in this sense that this reference point is a kind of zero (cf. zero point in the Cartesian coordinate system). For instance, on the scale of human height the subscales of TALLNESS and SHORTNESS start at the cognitive zero area and diverge in the opposite directions: the subscale of TALLNESS goes in the direction of the maximum endpoint or infinity, and the subscale of SHORTNESS runs towards the absolute zero.

(Tribushinina, 2008: 121-122)

Nosotros, a la hora de establecer el estándar de comparación de una clase, nos basaremos en la idea *roscheana* de prototipo como *CRP*, aunque no recurriremos a conceptos como *norm* o *average*: consideramos que la idea de categorización cognitiva a través de prototipos en combinación con los principios de la relevancia pragmática es el método más adecuado para dar cuenta de cómo establecen los hablantes subcategorías polares dentro de una clase concreta de entidades.

El prototipo¹⁵ de una categoría es, desde nuestra perspectiva, la entidad respecto a la cual se puede establecer si los elementos de esa categoría son, por ejemplo, *grandes*, *pequeños* o *medianos*. Creemos, por lo tanto, que los miembros de una categoría son considerados dimensionalmente conforme a su prototipo¹⁶ y que este prototipo se puede identificar con el *cognitive zero*¹⁷ o *zona neutra* de las escalas: quedará dentro de esa zona neutra todo elemento dotado de la propiedad que se esté evocando en un grado igual o irrelevantemente distinto al grado en que esta propiedad se presente en ese prototipo.

En la siguiente figura se ilustra esta idea a través de una escala (relativa al *tamaño*) en la que aparece el prototipo de una categoría, la zona neutra y las partes de la escala que se relacionan con cada uno de los antónimos polares (*grande* y *pequeño*, en este caso).

¹⁵ Debemos advertir que, en la mayor parte de los casos, la idea de prototipo que manejemos no es la de un prototipo particular para cada hablante, sino la relativa al concepto de prototipo compartido. Esto puede acercarnos a lo que Putnam (1975) denominó *estereotipo*, aunque, a nuestro parecer resulta más adecuado hablar de *prototipos compartidos* que de *estereotipos*, para evitar así el sentido social que, generalmente, se aplica al estereotipo: al estar asociado con el concepto de comunidad lingüística completa, el estereotipo no resultará tan adecuado en situaciones comunicativas que presenten particularidades contextuales.

¹⁶ Esa capacidad es, precisamente, la que caracteriza, en opinión de Rosch, un *CRP*: “To be a ‘reference point’ within a category, a stimulus must be shown to be one which other stimuli are seen ‘in relation to’” (Rosch, 1975: 532).

¹⁷ Mientras Tribushinina identificaba el *cognitive zero* con una zona, nosotros entendemos que la parte neutra de las escalas puede carecer de extensión; es decir, admitimos la posibilidad de que, extrapolando el concepto (de *zona neutra*) a lo gráfico, esta sea, en determinados contextos, un simple punto en que puedan situarse solo los elementos que poseen exactamente una dimensión igual a la del prototipo.

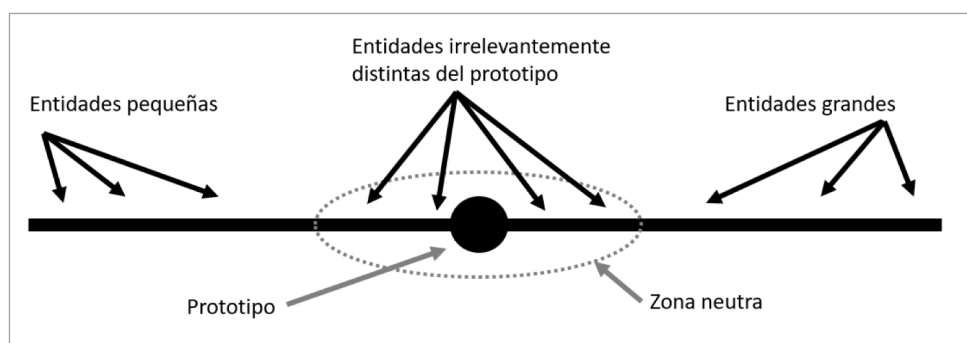


Figura 2.

Los elementos que sean *irrelevantemente* distintos del prototipo compartido (en el aspecto dimensional que se esté tratando) formarán parte, junto al mismo prototipo, de ese espacio denominado *zona neutra*. De los elementos que destaquen por determinada diferencia dimensional (que en un contexto específico sí sea *relevante*) se podrá afirmar que no son neutros (dentro de su categoría) y será posible calificarlos con uno de los adjetivos polares.

Podemos decir, por lo tanto, que *X es alto* será un enunciado verdadero siempre que *X* sea *relevantemente* más alto que el prototipo de la categoría que actúe como *comparison class*.

En contextos no marcados¹⁸, creemos que una diferencia dimensional respecto a un prototipo es *relevante* cuando resulta perceptualmente evidente¹⁹: solo cuando el *estímulo* (empleando la terminología de Rosch (1975: 532)) se muestre de manera clara a los sentidos, el hablante calificará dicha entidad con un adjetivo dimensional. Desde la perspectiva del oyente, si no hay una relevancia práctica concreta, este, ante la presencia de un adjetivo dimensional, interpretará que hay una intención comunicativa de carácter descriptivo, es decir, que la diferencia dimensional del objeto respecto al prototipo será una diferencia sensorialmente evidente y, por lo tanto, descriptivamente relevante. Así, del mismo modo que resultaría redundante hablar de *una mesa con patas*, debido a que el tener patas es una propiedad prototípicamente asociada a mesa, resultaría innecesario también hablar de *una mesa de tamaño normal* si el contexto comunicativo no exige esa especificación: es, precisamente, una mesa de tamaño normal (que se ubicaría dentro de la zona neutra) lo que evoca el sustantivo *mesa* por sí solo. Cuando una mesa no sea (dimensionalmente) normal, entonces sí resultará descriptivamente enriquecedor recurrir a un adjetivo dimensional para referirse a ella.

Son, por lo tanto, los efectos cognitivos del enunciado (el interés que puede suponer la información sobre la excepcionalidad dimensional del elemento del que se habla) lo que subyace a la inferencia de cuál debe entenderse que es la diferencia dimensional de una identidad respecto al prototipo de su clase de comparación en cada situación comunicativa concreta.

2.1.1. Expresiones de grado. Cuando se emplean expresiones de grado, la clase de comparación pasa a ser el subconjunto de las entidades que ya han sido calificadas dimensionalmente. Es decir, en *Una mesa muy grande*, es la clase de las [mesas grandes]

¹⁸ Como se recoge en Ynduráin (2015: 309-310), en ocasiones, el prototipo presenta un marcado carácter práctico o existe algún tipo de referencia explícita que determina la adecuación dimensional de una entidad. En dichos casos, el uso de los adjetivos dimensionales posee un valor que va más allá de lo perceptivo y del mero enriquecimiento descriptivo: a veces un objeto es pequeño porque lo es para un determinado fin o respecto a unas medidas establecidas en un contexto dado. Ebeling y Gelman (1994: 1179) señalan, acerca del uso de los adjetivos *big* y *small*, que, en una de sus posibles interpretaciones, “the object is judged with regard to its intended use”. Así, un enunciado como *The hat is big* puede tener, entre otras, una interpretación de carácter funcional: “e.g. too big for a tiny doll”.

¹⁹ Para el caso concreto de *alto*, podríamos decir, empleando la terminología de Kennedy (2007: 17), que “an object in some domain can stand out relative to the kind of measurement encoded by *tall* [...] by having a significant or noteworthy amount of height”.

(suponiendo que la de las [mesas] sea la categoría de contraste de *mesa grande*) la que aporta el prototipo de referencia.

Estos prototipos (los de las clases de entidades ya calificadas dimensionalmente) cuentan con su propia zona neutra y actúan de igual modo que el prototipo principal: solo las diferencias relevantes con respecto a ellos son codificadas lingüísticamente (a través de nuevos adjetivos dimensionales o a través de otros recursos léxicos y morfosintácticos).

Gráficamente podríamos representar esta idea situando en la escala, además del punto medio que marca el prototipo general de una clase, unos puntos medios para las entidades ya calificadas dimensionalmente:

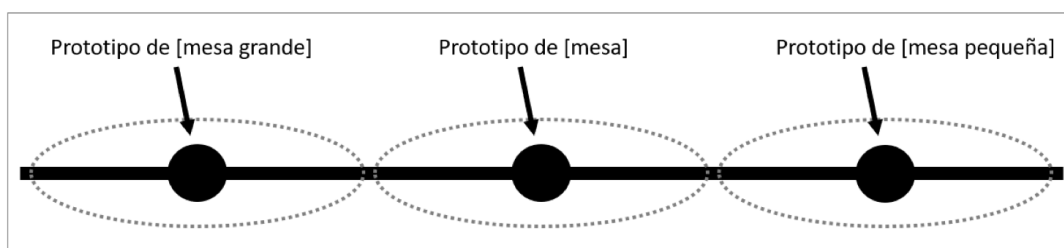


Figura 3.

2.1.2. Elativos. Los *elativos* (como *supergrande*, *inmenso*, *extremadamente grande*, etc.) se utilizan “para expresar grado extremo, y asociado a él, valoración o énfasis de la magnitud” (Sánchez López, 2006: 26). Este hecho (el que expresen grado sumo)²⁰ haría esperable que “incidieran sobre adjetivos positivos cuando la escala con que se asocian tiene un valor máximo y con adjetivos negativos cuya escala tiene un valor mínimo” (González Rodríguez, 2010: 132). Lo que sucede es justamente lo contrario²¹: los elativos tienden a relacionarse con escalas abiertas situando el grado en que se da una propiedad en una zona final imaginaria que resulta inconcebible superar.

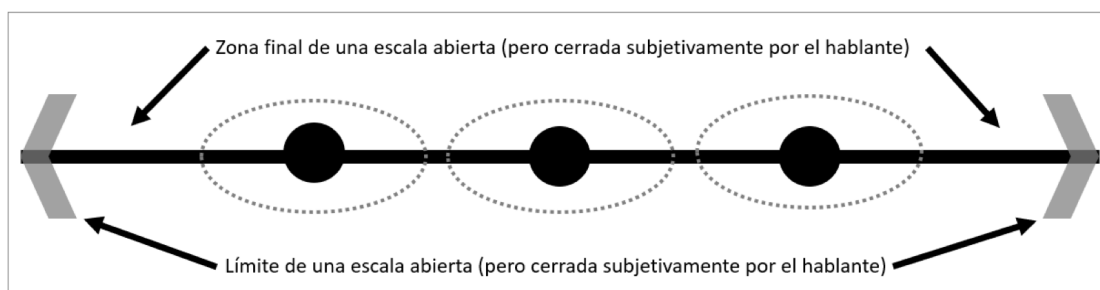


Figura 4.

3. CARACTERÍSTICAS DE LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES: LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES SON VAGOS

En los apartados precedentes hemos descrito los procesos necesarios para que la comunicación pueda darse de forma efectiva cuando se hace uso de un adjetivo dimensional. La

²⁰ Es cierto que *extremadamente* y *sumamente* presentan de manera clara y explícita la idea de que se asocian con un punto máximo. En otros casos (*grandísimo*, *supergrande*...), el carácter extremo de los elativos es más cuestionable. De cualquier forma, consideramos que todos los elativos son expresiones en las que subyace (en mayor o menor medida) la idea de que una propiedad está presente en una entidad en un grado difícilmente superable.

²¹ Con escalas cerradas su uso resulta (al menos, desde nuestra competencia lingüística) extraño: *??La puerta está extremadamente cerrada*. En estos casos, solo elativos que hicieran referencia a la proporcionalidad resultarían aceptables: *completamente cerrada*, *totalmente cerrada*...

efectividad a la que hacemos referencia no implica, sin embargo, un grado especialmente alto de precisión: es imposible que, mediante un adjetivo dimensional, un hablante pueda transmitir a un oyente cómo son exactamente las dimensiones de una entidad. Así, el enunciado *Vi que se compró un coche bastante grande* permite que el oyente se haga una idea de cómo es el coche al que se refiere el hablante, pero el coche imaginado por el primero, seguramente, no será igual de grande que el coche visto por el segundo.

La vaguedad es algo inherente a los adjetivos dimensionales y, hasta cierto punto, al lenguaje en general. Esta vaguedad ha posibilitado que desde los orígenes de la civilización el hombre se haya enfrentado a supuestas paradojas que encerraban, en el fondo, un problema de falta de precisión lingüística. La más popular de ellas es la paradoja *sorites* (o *paradoja del montón*), atribuida a Eubúlides de Mileto. Esta paradoja presenta el problema de que el concepto relacionado con la palabra *montón* no es un concepto definido con precisión: nunca se ha establecido que para que algo sea considerado un montón deba contar con un determinado número de elementos. Por ello, resulta problemático determinar el momento en que, tras empezar a quitar uno a uno los granos de *un montón de arena*, se deja de estar ante *un montón de arena*... El problema subyacente, como señalábamos con anterioridad, es el de la vaguedad semántica: “This phenomenon at the heart of the paradox is now recognized as the phenomenon of vagueness [...]” (Hyde, 1997: s. v. *sorites paradox*).

La idea general en la que se basa la paradoja *sorites* se puede reproducir de muchas maneras; también a través de adjetivos dimensionales: podría decirse, por ejemplo, que, si una persona de 2,20 m de altura fuera considerada alta, también lo debería ser una que midiera un milímetro menos y, por lo tanto, también otra que midiera un milímetro menos que la segunda... Así, se llegaría a que una persona de 1,20 m o, incluso, una que midiera un solo milímetro, también debería ser considerada alta. Esto se produce, de nuevo, porque alto es un concepto de límites difusos cuya interpretación depende de los elementos que rodean su aparición dentro de cada enunciado concreto: “Vagueness [...] is a straightforward consequence of context-dependence of interpretation” (Bosch, 1983: 1).

3.1. Aceptación de la vaguedad. Como hemos señalado en el apartado anterior, la interpretación de los enunciados en que aparecen adjetivos dimensionales es un proceso de una marcada vaguedad inherente. Nuestro análisis, basado en los prototipos y en las diferencias relevantes respecto a estos, recurre a conceptos de extensión difusa y a mecanismos cognitivos cuya imprecisión recoge directamente la vaguedad presente en el propio lenguaje: resultaría paradójico plantear una interpretación lingüística que emplease cálculos exactos y referencias a conceptos de extensión totalmente delimitada para dar cuenta de una realidad que se caracteriza, precisamente, por su carácter difuso y contextualmente moldeable.

The first thing that strikes a student of numerical adjectives is the fact that the concepts ‘tall’, ‘wide’, ‘old’, ‘low’, ‘short’ etc. are ill-defined: they are fuzzy concepts. The assessment of the value on the dimension-scale ascribed to a given adjective varies from reference set to the reference set, from speaker to speaker, from one moment to the next, and what is more, it’s hardly ever done.

(Rusiecki, 1985: 32)

Dicho esto, debemos señalar que, en la mayor parte de los contextos lingüísticos, la vaguedad de los adjetivos dimensionales resulta totalmente admisible: el hecho de que el coche imaginado por un oyente ante el enunciado *Vi que se compró un coche bastante grande* no sea exactamente igual que el que trata de evocar el hablante, no suele suponer un problema. En muchos contextos, buscar una precisión dimensional absoluta supondría un esfuerzo que apenas proporcionaría réditos, por lo que la vaguedad suele ser aceptada por ambas partes y asumida como parte del proceso comunicativo.

4. CONCLUSIÓN: CÓMO SE INTERPRETAN LOS ENUNCIADOS EN QUE APARECEN ADJETIVOS DIMENSIONALES

En este apartado trataremos de recuperar de forma esquemática los procesos cognitivos implicados en la interpretación del valor cuantitativo de los adjetivos dimensionales. Nos centraremos, como hemos hecho a lo largo de la investigación, en las estructuras no comparativas en las que el adjetivo se relaciona con un sustantivo atributiva o predicativamente.

1. Discernir respecto a qué categoría se debe relativizar el adjetivo dimensional. Es necesario poner el referente del sustantivo adjetivado en relación con una de las infinitas categorías a las que pertenece dentro de un contexto dado. La elección de esta clase de referencia se basa en el principio de relevancia: se debe activar una clase cuyo uso suponga la optimización de la relación entre accesibilidad e informatividad.
2. Identificar el prototipo compartido de la categoría. Una vez establecida la clase de referencia se debe localizar su prototipo: este debe ser compartido por los hablantes dentro del contexto comunicativo concreto en que aparezca el adjetivo.
3. Calcular qué diferencia de tamaño es relevante. No cualquier diferencia de tamaño respecto a un prototipo es relevante: siempre se debe calcular cómo debe ser esa diferencia para que, en un contexto determinado, resulte apropiado codificarla lingüísticamente (haciendo uso de un estímulo ostensivo). Si el contexto es neutro, lo relevante será lo perceptualmente evidente.
4. Aceptar la vaguedad. El empleo de un adjetivo dimensional aporta una información que no es totalmente precisa. La vaguedad, por lo general, es aceptada por los hablantes.

BIBLIOGRAFÍA

- BERLIN, B., BREEDLOVE, D. E. y RAVEN, P. H. (1974), *Principles of Tzeltal Plant Classification: An Introduction to the Botanical Ethnography of a Mayan-Speaking People of Highland Chiapas*, Nueva York, Academic Press.
- BOCHNAK, M. R. (2013), "The Non-Universal Status of Degrees: Evidence from Washo", en *Proceedings of the North-East Linguistic Society*, 42, 79-92.
- BOSCH, P. (1983), "Vagueness is Context Dependence: A Solution to the Sorites Paradox", T. T. Ballmer y M. Pinkal (eds.): *Approaching Vagueness*, Ámsterdam, North-Holland, 189-210.
- CABREDO HOFHERR, P. (2010), "Adjectives. An introduction", P. Cabredo Hofherr y O. Matushansky (eds.): *Adjectives. Formal analyses in syntax and semantics*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins Publishing Company, 1-28.
- CHIERCHIA, G. y MCCONNELL-GINET, S. (2010), *Meaning and Grammar. An Introduction to Semantics*, Cambridge: The MIT Press.
- CLARK, H. H. (1971), "More about 'adjectives, comparatives, and syllogisms': A reply to Huttenlocher and Higgins", en *Psychological Review*, 78, 505-514.
- CRUSE, A. (1986), *Lexical Semantics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CROFT, W. y CRUSE, A. (2004), *Cognitive Linguistics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DEMONTE, V. (1999), "El adjetivo", V. Demonte y I. Bosque (coords.): *Gramática descriptiva de la lengua española, Vol. I: Sintaxis básica de las clases de palabras*, Madrid, Espasa Calpe, 129-218.
- EBELING, K. S. y GELMAN, S. A. (1994), "Children's use of context in interpreting 'big' and 'little'", en *Child Development*, 65, 1178-1192.

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (2010), “Consecuencias gramaticales de la estructura de las escalas adjetivales”, en *Verba*, 37, 123-148.
- GRICE, H. P. (1989), *Studies in the way of words*, Cambridge, Harvard University Press.
- HYDE, D. (1997), “Sorites Paradox”, E. N. Zalta (ed.): *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. [Online] (Updated 26 Mar 2018). Disponible en: <https://plato.stanford.edu/entries/sorites-paradox/> [Consultado el 10 de abril de 2014].
- KAMP, H. y PARTEE, B. (1995), “Prototype theory and compositionality”, en *Cognition*, 57, 129-191.
- KENNEDY, Ch. (1999), *Projecting the adjective: The syntax and semantics of gradability and comparison*, Nueva York, Garland Press.
- KENNEDY, Ch. (2003), *First steps towards a semantics of measurement*. [Online]. Disponible en: http://semantics.uchicago.edu/kennedy/classes/nu/471/F03/H1_scales.pdf/ [Consultado el 20 de junio de 2018].
- KENNEDY, Ch. (2007), “Vagueness and Grammar: The Syntax and Semantics of Gradability and Comparison”, en *Linguistics and Philosophy*, 30, 1-45.
- KENNEDY, Ch. y MCNALLY, L. (2005), “Scale Structure, Degree Modification, and the Semantics of Gradable Predicates”, en *Language*, 81, 345-381.
- KLEIN, E. (1980), “A Semantics for Positive and Comparative Adjectives”, en *Linguistics and Philosophy*, 4, 1-45.
- KLEIN, E. (1982), “The interpretation of adjectival comparatives”, en *Journal of Linguistics*, 18, 113-136.
- LYONS, J. (1977), *Semantics. Vol. 1*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MCCONNELL-GINET, S. (1973), *Comparative constructions in English: A syntactic and semantic analysis*, Rochester, University of Rochester.
- MULIER, U. (2009), *Análisis semántico – sintáctico de cuatro adjetivos de dimensión: alto, bajo, largo y corto*, Gent, University of Gent.
- PAOLI, F. (1999), “Comparative Logic as an Approach to Comparison in Natural Language”, *Journal of Semantics*, 16, 67-96.
- PUTMAN, H. (1975), *Mind, Language and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ROSCH, E. (1975), “Cognitive reference points”, en *Cognitive Psychology*, 7, 532-47.
- ROSCH, E., MERVIS, C. B., GRAY, W. D., JOHNSON, D. M. y BOYES-BREAM, P. (1976), “Basic Objects in Natural Categories”, en *Cognitive Psychology*, 8, 382-439.
- RUSIECKI, J. (1985), *Adjectives and Comparison in English: A Semantic Study*, Londres, Longman.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, C. (2006), *El grado de adjetivos y adverbios*, Madrid, Arco Libros.
- SPERBER, D. y WILSON, D. (1986), *Relevance: Communication and cognition*, Harvard, Harvard University Press / Blackwell.
- SPERBER, D. y WILSON, D. (2004), “La teoría de la relevancia”, en *Revista de Investigación Lingüística*, 2, 237-286.
- SUZUKI, T. (1970), “An essay on the anthropomorphic norm”, R. Jakobson y S. Kawamoto (eds.): *Studies in General and Oriental Linguistics*, Tokyo, Tokyo Institute of Technology, 552-556.
- TRIBUSHININA, E. (2008), *Cognitive reference points. Semantics beyond the prototypes in adjectives of space and colour*, Utrecht, Landelijke Onderzoekschool Taalwetenschap.
- WIERZBICKA, A. (1996), *Semantics: Primes and Universals*, Oxford, Oxford University Press.
- YNDURÁIN, C. (2015), *Los adjetivos dimensionales en español: Análisis semántico y propuesta lexicográfica*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.